

FORO CRÍTICA III

**PROYECTO,
ARQUITECTURA Y CIUDAD**

Editores:

Juan Calduch Cervera
Andrés Martínez Medina
José Luis Oliver Ramírez

A.C. Composición Arquitectónica:
M. E. Gutiérrez Mozo, S. Guerrero López,
A. Banyuls i Pérez, E. Giménez García,
J. Giner Álvarez

Edita: Colegio Territorial de Arquitectos de Alicante

ISBN: 978-84-613-9885-0
Depósito legal: A-363-2010

Diseño colección: Juan Ros Barón

Diseño publicación: Enrique Abad Monllor

Organización del ciclo:
Enrique Abad Monllor, Tomás Martínez Boix
Alicia Picó Navarro, Juan Ros Barón

Impresión Such Serra SA

Departamento de Cultura
Colegio Territorial de Arquitectos de Alicante
Plaza Gabriel Miró, 2. 03001 Alicante
Tlf: 965218400. Fax: 965140455
www.ctaa.net

ac | área de conocimiento
composición arquitectónica
CA | dep. expresión gráfica y cartografía
universidad de alicante

CTAA COLEGIO
TERRITORIAL
DE ARQUITECTOS
DE ALICANTE

ÍNDICE

TOMAS MARTÍNEZ BOIX PROYECTO, ARQUITECTURA Y CIUDAD	07
JULIO SAGASTA SANSANO «GASPAR JAÉN, UNA SINCERIDAD COMPROMETIDA»	11
GASPAR JAÉN I URBAN «LA DESTRUCCIÓN PERMANENTE DE LA CIUDAD»	13
TOMÁS MARTÍNEZ BOIX «PRESENTACIÓN A ALFONSO MUÑOZ COSME»	35
ALFONSO MUÑOZ COSME «EL PROYECTO DE ARQUITECTURA EN LA ERA DIGITAL»	39
SALVADOR GUERRERO LÓPEZ «LA CULTURA DE LAS CIUDADES»	83
CARLOS GARCÍA VÁZQUEZ «VISIONES URBANAS DEL SIGLO XXI»	89
JAIME GINER ÁLVAREZ «HELIO PIÑÓN, ARQUITECTO MODERNO»	99
HELIO PIÑÓN PALLARÉS «5 AXIOMAS SOBRE EL PROYECTO»	101
ANTONI BANYULS I PÉREZ «LOS TERRITORIOS DE LA ARQUITECTURA. A PROPÓSITO DE MIGUEL DEL REY»	113
MIGUEL DEL REY AYNAT «REFLEXIONES EN TORNO A LAS RELACIONES ENTRE PROYECTO Y CIUDAD»	119

LA DESTRUCCIÓN PERMANENTE DE LA CIUDAD

GASPAR JAÉN I URBAN

Quizá convenga empezar esta charla delimitando el campo al que vamos a referirnos: como se indica en el título intentaremos hablar durante algunos minutos de la ciudad como artefacto. “Artefacto”, es decir, y siguiendo definiciones de diccionario, “Objeto producido por el trabajo del hombre”, o también “Obra mecánica hecha según arte”, o incluso “Dispositivo. Conjunto de piezas que no constituyen una máquina definida, sino que se hace adaptándolo a un fin determinado; más bien grande y a veces tosco”.

A fin de cuentas, vamos a hablar de la ciudad como escena o, si se prefiere, como escenario, como objeto construido de grandísimas dimensiones, en el interior del cual hemos desarrollado preferentemente los humanos nuestra vida comunitaria desde hace bastantes siglos.

Así, por tanto, quedará fuera del ámbito de esta exposición -y no nos referiremos a ello- la ciudad considerada como organización social, con sus problemas específicos de relación entre clases dominantes y clases dominadas, de relación entre grupos humanos diferentes, con la consiguiente necesidad de convivencia; excluimos, pues, los problemas de supervivencia y de funcionamiento, de transporte, de movilidad, de agrupación, de abandono, de gobierno, etc. etc.

Vamos a intentar recorrer algunos de los hilos de esta extraordinaria y potentísima tela de araña que nos aprisiona, observando la ciudad como tema de laboratorio, teniéndola como objeto de atención, de estudio y de análisis. Algo así como intentar mirar la ciudad a través de un microscopio y extraer, de entre los múltiples mecanismos que actúan sobre ella, aquellos que nos aparecen como más evidentes, más conspicuos o más visibles.

Como es obvio no cabe hacer aquí tampoco un discurso laudatorio, ni admirativo, ni elegíaco, ni una reflexión poética ni nostálgica sobre las indudables maravillas de la ciudad como artefacto, como depósito de la historia, de historias o de vivencias, o como maravilloso sitio donde vivir.

Por el contrario, intentaremos más bien arrojar alguna luz sobre la mezcla de incomodidad, de alarma, de enojo, de rabia y de pena que nos provoca la destrucción permanente de la ciudad donde vivimos, de cualesquiera de las ciudades en que vivimos o que visitamos o que estudiamos; una destrucción continua que contemplamos día tras día, y que se ha convertido, como un valor universal, en un hecho inmediato al que cualquiera de nosotros se encuentra abocado, de una u otra forma, en un grado mayor o menor, en cualquier ciudad del mundo occidental o desarrollado -y seguramente, aunque de forma diferente, también del otro, del no desarrollado.

Pero para sacar algo en claro de los momentos por los que actualmente pasa la ciudad, habrá que empezar dudando. Y, por consiguiente, intentando decir algo de la verdad de sus mentiras y de la mentira de sus verdades. Quiero decir que habremos de empezar poniendo en tela de juicio -o dejando de lado- los discursos oficiales (y la jerga correspondiente) que en las últimas décadas -sobre todo en las últimas décadas, con el advenimiento, entre nosotros, de la democracia española postfranquista y con la desaparición de los estados comunistas a escala mundial- se pretenden -estos discursos oficiales- cada vez más totalizadores, los únicos posibles, una visión conformista, excluyente, formativa, positiva, como si fuera, al margen, más allá de esos discursos oficiales solo pudiésemos encontrar el caos o la nada, o lo que ellos llaman anarquía.

La primera observación que habría que hacer (y que ya se contiene en el título que hemos escogido para esta charla) es

que día a día en nuestra vida (o en nuestra supervivencia) en la ciudad podemos observar la necesidad absoluta, ineludible, demostrada con todo tipo de actuaciones, que tiene el capital de ir destruyendo la ciudad de una forma continua, constante, permanente. Y no debe llamarnos a engaño el hecho de que esa destrucción -que es una forma de muerte- se nos presente como una forma inevitable -y deseable- de construcción, de mejora, de progreso o de futuro.

Después de mucho meditar sobre el tema y de hacerlo en numerosas ciudades europeas, además de en la ciudad que me es más propia, cada vez creo más que el fenómeno no es tan reciente como puede parecer a primera vista. Así, quizá se podría situar el inicio del mismo hacia los años 1910-1914, coincidiendo con la invención de la guerra moderna, la del siglo XX (incluyendo el uso de la aviación y los ataques aéreos a larga distancia) y con la invención del automóvil y sus derivados mecánicos movidos por gasolina, e incluyendo, así mismo, la publicidad como método de adoctrinamiento y el *weekend* como tiempo de consumo, de diversión y de alabanza verdadera al verdadero señor.

Por otra parte, cabe recordar también aquel principio económico, también moderno, para hacer dinero -o para reactivar la economía, que decían y siguen diciendo- puesto en práctica, si no ando equivocado, a partir de estos mismos años de 1910. Un principio capitalista no por absurdo menos vigente, omnipresente ya, que viene a proclamar que si alguien va delante haciendo hoyos y alguien va detrás tapándolos, solamente eso, sin ningún tipo de necesidad ni de finalidad, ni útil ni creativa, se produce riqueza, tan solo por el movimiento dinerario que ésta acción absurda comporta. También cabe recordar aquí la necesidad ineludible que tiene el dinero de estarse moviendo constantemente para mantener el sistema o para retardar su derrumbe.

Así, plantearía que esta destrucción continua, permanente de la ciudad que observamos cada día, es consecuencia de una orden (de un objetivo, de una desiderata implícita e ineludible) que surge hacia la segunda década del siglo XX, y que desde entonces es universalmente obedecida: una obediencia seguida, en primer lugar, y de forma sangrante, por las dos guerras mundiales y por las incontables guerras periféricas que se han venido sucediendo desde hace cien años. Y en este sentido, los testimonios fotográficos del arrasamiento de Hiroshima, de Berlín, de Dresde, de Varsovia, de Bagdad, de Beirut, de Gaza, etc., son elocuentes de una destrucción tan absoluta y tan sangrante de la ciudad por la guerra como nunca antes se había visto ni se había podido imaginar. Pero esa destrucción en la guerra se prolonga y se mantiene de forma permanente y más o menos solapada en la destrucción de la ciudad en la paz. Y, sin entrar a profundizar en ambos términos, “guerra” y “paz”, la destrucción de que hablamos, aunque con mecanismos diferentes, acaba siendo con los años tan absoluta y tan radical en una situación de guerra como en una situación de paz. Ciertamente, no se puede pretender que la destrucción en la paz sea tan repentina ni tan burda como la destrucción en la guerra. Ciertamente, la primera es una destrucción menos cruenta, más prolongada en el tiempo, más sutil, más elaborada, menos contestada, y cuenta incluso, por lo general, con una significativa buena prensa.

En los escritos de *La hija de la guerra y la madre de la patria* -un libro de Rafael Sánchez Ferlosio que, como otras obras de este autor, seguimos en gran parte en esta exposición- se plantea admirablemente (ya desde el mismo título del libro, que recoge el título del apartado correspondiente) el papel de las guerras en la formación de las patrias. Desde un similar punto de vista de búsqueda de la funcionalidad de las cosas, de observación del destino de las invenciones y de los productos humanos ya desde su mismo origen -funcionalidad de la guerra en el

ejemplo citado- podemos plantear aquí el paralelismo entre los efectos de la destrucción urbana de la guerra y de la destrucción urbana de la paz. Algo que va más allá de las bromas y de los chistes gráficos de los humoristas que muchas veces plantean esto mismo que decimos: las zanjas para el gas como trincheras de guerra.

Pero vayamos adelante y hablemos de la importancia de las máquinas como recurso financiero, máquinas movidas, como es natural, como el mundo todo que nos rodea, por el petróleo, el uso generalizado y exclusivista del cual -como dos siglos atrás lo fue la máquina de vapor-, marca un punto de inflexión en la vida de la gente, al arrasar costumbres y tradiciones milenarias. Así, en las guerras las máquinas que hacen el trabajo sucio son los aviones bombarderos mientras que en las paces lo hacen las máquinas retroexcavadoras (además de los explosivos que trabajan tanto en las guerras como en las paces). Fijémonos en la similitud de los resultados, podríamos decir en los paisajes -permitidme que use esa palabra malhadada que no dice nada porque parece decirlo todo y que suscita todo tipo de incondicionales adhesiones- fijémonos pues en los paisajes, en las vistas resultantes, en las visiones de destrozo generalizado del espacio urbano. Fijémonos en las tremendas operaciones económicas, en el triunfo inmobiliario y en el grandioso movimiento de capital que en ambos casos se origina. Y ello, con independencia de que la inversión sea a corto, a medio o a largo plazo (da igual que hablemos de Berlín, de Brasilia, de Nueva York o de Alicante).

Quizá podríamos plantear que esta orden de destrucción permanente de la ciudad no deja de ser una manifestación concreta más de la orden general de despilfarro denunciada hace ya algunos años por la Comuna Antinacionalista Zamorana en un texto que sigo considerando de una vigencia plena:

«[...] ya se comprende que, siendo las órdenes que se reciben tan frecuentes y numerosas y aparentemente distintas, era forzoso elegir entre ellas las más imperiosas y apremiantes, como que ésas serán las que más urgente sea reconocer como tales órdenes, para que ese reconocimiento permita el intentar desobedecerlas. [...] Pues bien, al preguntarnos entre nosotros cuáles eran las órdenes más apremiantes que se recibían, nos encontrábamos en una tesitura a no poder más entrecruzada y contradictoria: pues los unos decían que “Hacer cosas”, y los otros que “Deshacerlas”; los unos que “Socializarnos y masificarnos hasta la amalgama integral”, los otros que “Dispersarnos y separarnos cada uno hasta la soledad individual más desamparada”; los unos que “hacerse uno mismo y producirse y definirse como ser, y ser uno el que uno es”, los otros, al revés, que “deshacerse uno, y consumirse y quemarse aceleradamente y desintegrarse”. Así que de primeras no se veía entre ésas evidentes órdenes de creación y de destrucción, de producción y de consumo, cuál era la más verdadera de las dos y la que primero procedía denunciar entre los más o menos miembros de la comuna zamorana; hasta que poco a poco se iba viendo cómo probablemente lo que pasaba era que ambas órdenes, las dos fundamentales y primeras, no eran sino dos caras de una misma orden: a saber, la una (la de “hacer” y “hacerse”) la cara eterna, y la otra (la de “deshacer” y “deshacerse”) la cara actual y de hoy en día.»

«[...] tratamos aquí de precisar el sentido de esa nueva orden de despilfarrar, como ley para todos y cada uno de dedicarse a suprimir las cosas sin aprovecharse ni disfrutar de ellas, aunque todavía bajo pretexto de provecho y de disfrute. Pues en efecto, aquello que bajo los regímenes burgueses y puritanos se apreciaba y se condenaba -la utilidad para uno y el placer de uno- bajo nombre de egoísmo, del que las proclamaciones nobles -religiosas o

humanitarias- y altruistas funcionaban como cobertura, está ahora a su vez ese egoísmo convertido en cobertura y mero pretexto de la operación de destrucción continua que es fundamento de la estructura del Orden todo. [...] La verdadera última realidad es la Basura: tirar a la basura todo, lo más rápido posible, es la orden más imperiosa que actualmente recibimos, y contribuir al montón de las inmundicias es la contribución esencial de los súbditos del Mundo. Y es así como el más preclaro acaso de los descubrimientos teóricos de Freud, la identidad entre la mierda y el dinero, alcanza ahora su realización práctica, en cuanto todos los objetos del Mundo, digeridos y trocados en dinero, todos indiferentemente, vienen a encontrar su último destino y justificación en ser elementos del basurero en que la Nueva Sociedad convierte las tierras y los mares: una basura, es cierto, menos orgánica y menos viva que la mierda primitiva, en la cual la humana misma era casi semejante todavía a la del burro maravilloso que cagaba doblas de oro; pero ello no es sino natural, considerado aquel proceso de abstracción por el que la digestión de las cosas ha pasado. Los cementerios de cadáveres de automóviles que invaden las reservas de naturaleza no son, a decir verdad, muy diferentes de las aglomeraciones de automóviles vivos que atascan las ciudades: pero ese espectáculo de la muerte de los coches no hace sino revelar el carácter fúnebre de los coches vivos, su carácter de féretros ambulantes de la estupidez humana, que acaso entre el ruido y los semáforos podría pasar desapercibido. Y aun la misma indestructibilidad y eternidad práctica que los apocalípticos atribuyen a las materias plásticas invasoras y a la radioactividad de las deyecciones de las fábricas de átomos para la Paz no son sino manifestaciones de la naturaleza de materia abstracta (ya como materia aristotélica, ya como átomos democritanos) que en esos últimos residuos de las cosas se realizan.»

Bien es verdad que en el caso de la ciudad, hay que considerar el despilfarro, la basura urbana en que el conjunto de la ciudad queda convertida, en relación con los grandes soportes industriales del sistema: así, cuando hablamos de la reactivación económica que produce la destrucción de la ciudad estamos hablando del fomento de la industria de las armas, de la industria del petróleo y de la industria del automóvil (y también, claro está, de la industria de la construcción). Y hablamos también de la necesidad absoluta y paradigmática de despilfarro constante y máximo de estas industrias. Pero también podemos ver que lo que han dado en llamar crecimiento económico tiene, en realidad, un funcionamiento alarmantemente similar al de las células cancerígenas del cuerpo humano, quizá la enfermedad más característica de las últimas décadas y la que más estragos viene provocando entre la gente, además, claro está, de ese inmenso balance sangriento que forman las muertes finisemanales por el automóvil en las carreteras: todo ello, formas diversas del despilfarro. Pero a la vez, curiosamente, todos estos fenómenos no se nos ofrecen como programados, sino como inevitables; no se nos presentan como resultado de fuerzas económicas, sino como resultado de un destino trágico.

Bien es verdad que también tendríamos que considerar aquí el absoluto paralelismo de la destrucción permanente de la ciudad con la destrucción de las demás partes del mundo: la destrucción de mil maneras de mares, sierras, campos, bosques. Y, por tanto, de la necesidad ya comentada antes para la supervivencia del sistema de que el mundo todo sea convertido rápidamente en un basurero.

Si avanzamos en el tema, podemos constatar la ausencia de otro proyecto para la ciudad que no sea ese. Y si comparamos con el proyecto de ciudad inmediatamente anterior, el proyecto de ciudad que la burguesía desarrolló a lo largo del siglo XIX, un proyecto bastante unitario, más o menos compacto y más o

menos uniforme, pero en cuyos restos, dispersos a lo largo del mundo, aun potentes, visibles, omnipresentes, encontramos la verdadera esencia de lo único que podemos seguir llamando ciudades; si comparamos, podremos constatar las abismales diferencias entre aquel proyecto del ochocientos y el que se nos viene brindando a lo largo del siglo XX.

Bien es verdad que en este análisis tampoco podemos olvidar el papel principal que juega la ciudad -y también el territorio, por hablar de los dos términos habituales de la ecuación: ciudad y territorio- en el juego económico. Pero vamos a intentar avanzar en los mecanismos de esa dinámica destructiva que venimos comentando por lo que respecta a la paz, ya que la dinámica de la guerra parece mucho más evidente y cuenta con un rechazo aparentemente más universal.

Hay que considerar, en primer lugar, el papel fundamental del automóvil en esa destrucción, dado el sistema de movimiento de ésta máquina, la inmensa cantidad de espacio que necesita consumir y el bajísimo rendimiento de la misma. Y como corolario hay que considerar también la anulación del ferrocarril (y del tranvía) como sistema mayoritario y adecuado de transporte masivo que formaba parte primordial de la ciudad "moderna" del XIX.

Habría que considerar también las obras de mejora o de adecuación urbanas, inacabables e inútiles, que hacen que un puente construido hoy, o un edificio, o un paseo, o un jardín, se tenga que destruir ineludiblemente a los pocos años; o que antes de inaugurarse las obras de un inmueble se deba reparar ya; o que en el mismo proyecto del edificio consten cláusulas que determinen la vida útil de la obra y, por lo tanto, la programación de su muerte. Así, estas obras de cada día en la ciudad, insoportables, absurdas, cancerígenas, ya no son en absoluto de mejora ni se inscriben en un proyecto útil global de

ciudad, sino que son simple movimiento dinerario, y por ello del todo inevitables, necesarias, funcionales y lógicas, a pesar de su insensatez. La obra de hoy destruye la de ayer y está prevista desde su origen para ser destruida por la de mañana, en una espiral destructiva imparabile y sucesivamente acelerada.

Habría que considerar también el papel otorgado a la arquitectura en los últimos cien años dentro de esta dinámica, primero desde una minoría “clarividente”, “vanguardista” o “avanzada”, y posteriormente por todo el conjunto oficial de la disciplina. Habría que considerar los principios que se enseñan en las escuelas de arquitectura, -los explícitos pero, sobre todo, los implícitos- así como lo que mayoritariamente se defiende en esa enseñanza. Y nos encontraríamos ante una educación para el despilfarro. (Aunque quizá también habría que considerar los objetivos similares de una gran parte del arte del siglo XX. Y también el efecto nefasto de la unánime consideración de la arquitectura como arte). Y así llegaríamos a la inmersión de la arquitectura en los productos sujetos a la moda cambiante para cada temporada (alta costura, ropa de fiesta y ropa de diario, musiquillas intrascendentes de todo tipo, nuevos diseños de automóviles, nuevos productos informáticas, cambios constantes de programaciones televisivas, cambio permanente de anagramas y de logotipos, etc.). Y, por consiguiente, llegaríamos a vislumbrar la funcionalidad que tienen para el despilfarro el vedettismo, la necesidad de glamour, la originalidad imprescindible -o incluso la extravagancia- que acompaña la industria de producción de todo tipo de objetos sujetos a las modas cambiantes, también la arquitectura: se trata de productos que no han de durar, pero que ni siquiera han de ser necesarios. Por el contrario, deben ser efímeros y obedecer a la orden de su destrucción. Como aquellos *twin towers*, -rascacielos iguales en estupenda traducción de Ferlosio- que, obedientemente, se desmoronaron de una forma maravillosa, inimaginable, mediante un despilfarro

extraordinario de queroseno y de vidas humanas y con la desaparición de un fragmento de ciudad clave de la ciudad clave del mundo, un despilfarro grandioso sobre el que floreció, entre otras muchas cosas, el solar más valioso del universo, algo que ninguna sociedad inmobiliaria hubiera podido prever en sus más dulces sueños ni en sus más optimistas previsiones de crecimiento.

Pero aún habría más, habría que considerar las falsedades de la disciplina urbanística: de la teórica, pero, sobre todo, de la práctica, de la palpable, de la que vemos y sufrimos cada día en nuestras propias carnes. Una disciplina que cuando nació pretendía ser científica y útil para la gente -y para la clase social que la promulgaba- y que ha sido desbancada, enmascarada o abolida, convertida también en basura inútil por la orden general de despilfarro, coartada legal para todas las destrucciones urbanas, y mera encargada de asignar valores, ganancias y plusvalías escandalosas, dentro y fuera de la ley. Pero incluso en la parte más ortodoxa de la disciplina, habría que considerar las propuestas absolutamente destructivas del movimiento moderno para la ciudad, planteadas quizá con la mejor intención para resolver problemas urbanos, pero que fueron el embrión, la base y la coartada para la negación de la ciudad que ha sobrevenido después de la segunda gran guerra, cuando se utilizó, como una bomba de la paz, el potencial destructivo que aquellas propuestas modernas contenían, leídas al pie de la letra, y vaciadas de otros contenidos. Y así, con la inestimable ayuda del automóvil (insisto, clave en este proceso destructivo) todos los guetos urbanos del capitalismo avanzado -para pobres y para ricos- asolan las ciudades: las periferias urbanas, las llamadas ciudades dispersas, exclusivas, restringidas, rodeadas de nuevas murallas, vigiladas por nuevos ejércitos. ¿Qué ciudad es ahora la que propone la alta burguesía para sí misma? ¿qué ciudad es la de los inmigrantes que invaden Europa? No parece haber otra propuesta de ciudad que

la de una ciudad de deshechos, de basura. No parece haber ya proyecto de ciudad para nadie, porque ni la no-ciudad ni el no-lugar ni entelequias similares producidas por sociólogos, asistentes sociales o políticos en campaña televisiva, nada de todo eso es nada, es decir nada útil, nada sensato, nada que se parezca a una ciudad.

Pero aun dentro de la disciplina a la que nos dedicamos, convendría referirse a la falacia contenida en eso que llaman protección de edificios o de barrios, a ese discurso dubitativo y cómplice que, para empezar, ha venido deshaciendo sin cesar el nombre de su objeto, que primero se llamó tesoro histórico y artístico, después conjuntos de interés, después patrimonio, y ahora algo así como bienes culturales. Aquí encontramos, como en las reservas indias de los EEUU de América, el argumento que justifica, mediante la “salvación” de un fragmento, la destrucción de todo lo demás, de lo que no está protegido, de lo que se dice que no tiene valor o que no tiene interés, aunque también es habitual ver destruir lo protegido, lo “interesante”, cuando conviene, mediante la oportuna desprotección o la oportuna intervención de cirugía restauratoria o rehabilitatoria.

«Por eso os digo que el ataque contra esta muerte progresiva tiene que cambiar de frente: no expliquéis más los encantos y el pasado de la Dragonera: denunciad más bien la impotencia de sus compradores y empresarios para hacer con ella nada más que lo que está hecho: que no es que el ogro os vaya a raptar a la princesa, sino que, siendo un ogro mecánico, no va a hacer con ella más que aplastarla estúpidamente sin darle gozos ni hacerle hijos. Y por si alguno de ellos llegara a leer esto, bien desearía decírselo también a ellos mismos, y si no fueran tan castas las normas tipográficas de este diario (al menos para esta página en que escribo), lo haría imprimir con mayúsculas de dos dedos, a ver si se enteraban: QUE

NO ES POR DEFENDER LO QUE DESTRUÍIS, COMPADRES:
QUE ES POR DEFENDERNOS DE LO QUE CONSTRUÍIS.»

«Dejemos pues de evocar las gracias naturales y la pátina de la historia; dejemos de darles ecología y patrimonio cultural a los promotores, que tienen las fauces preparadas para eso (¿no disponen hasta de Ministerios de Cultura y Medio Ambiente para el servicio complementario de conservación de restos, que su construcción de la nada exige?), y pensad que para intentar salvar un lugar de la impotencia constructora no hace falta que sea artístico ni hermoso: cualquier pretexto sirve: aunque la Dragonera fuera un peñasco hórrido de greda y poblada solo de alacranes, sobrarían motivos y razones para impedir una repetición más del modelo de asolación: un solar perdido entre bloques con cuatro cañiflas mal nacidas entre montones de chatarra, un retazo de tierra pedregosa en la estepa más desolada de la Meseta, que ni dio nunca un mal garbanzo ni se sabe que por él pisara el Cid Campeador, cualquier caserón de vecinos desconchado y con las tuberías comidas de la herrumbre, cualquier pastelón de edificio decimonónico con frontones y columnas de escayola (¡que hasta los horrores y cursilerías del siglo XIX, del Siglo de la Historia, hayas conseguido ya, Señor, hacérmolos parecer bonitos!), cualquier cosa es buena y digna de todos los amores y las luchas por esta sola gracia: que está ocupando un sitio: que es un lugar donde ellos no han construido todavía lo construido: es un lugar aún, y cualquiera sirve para intentar impedir otra reproducción de la evidencia de nuestra miseria: la evidencia de que en el siglo del progreso progresado no sabemos hacer ya ni una casa: que nos hemos quedado mancos, imbéciles y pobres todos.» (*Que no que no*)

Así, para que nada quede fuera del ámbito de la orden de despilfarro, y aun dentro de este apartado, convendría

considerar la falsedad de lo que llamamos restauración o rehabilitación monumental, una práctica ya mucho más cercana a los estiramientos de piel a que se someten las estrellas ajadas del vodevil o a la taxidermia de animales muertos, que al simple, útil y necesario mantenimiento de los edificios y las ciudades. En efecto, también la restauración monumental -con el grandísimo movimiento dinerario y con el lujoso barniz de prestigio cultural que conlleva- viene siendo mayoritariamente una destrucción de guante más o menos blanco, sujeta, como la arquitectura de nueva planta, a las modas, al glamour y al vedetismo cambiante. Y en sus productos podemos encontrar un amplio abanico de ocultaciones, de falseamientos y de desapariciones del pobre edificio, monumento o barrio sometido a operaciones de cirugía estética. Pero, sobre todo, la restauración ofrece un campo espléndido para el movimiento dinerario y para la destrucción permanente de la ciudad, envueltos en el ampuloso manto de la cultura. Es fácil ver cómo toda restauración va seguida indefectiblemente, al poco tiempo, por una nueva y costosísima restauración, o incluso desrestauración -término acuñado recientísimamente- con el elevado movimiento dinerario que comportan tales operaciones restauratorias y contrarrestauratorias.

Pero todos estos mecanismos, claro está, se encuentran inmersos en la generalizada cultura mundial postindustrial del fabricar, usar y tirar (o ya directamente del fabricar y tirar, sin usar), destino que, como una marca indeleble, parecen tener ya todos los productos que nos ofrece el capital mercantil y competitivo. Y a la vez son mecanismos que están inmersos en el proceso de programación de necesidades artificiales, un proceso posible gracias a la publicidad, a la televisión y a los demás medios inventados para formar masas de individuos: un programa general seguido para formar ciegos. La educación de un cretino pasa, entre muchas otras cosas, porque lo ya dicho se repita miles y miles de veces, hasta la saciedad, hasta que

las mentiras se conviertan en verdades y lo bueno se convierta en malo y lo malo se convierta en bueno.

Pero aún podríamos considerar otros mecanismos de despilfarro universalmente aceptados como buenos, necesarios y naturales. Así tendríamos la obsolescencia de los productos que, como una maldición, aliada con la maldición del “pasado de moda” (la moda siempre cambiante que decíamos arriba) y con la industria progresada, obliga a tirar todo lo que tienes apenas lo hayas usado o incluso sin usar todavía.

También podemos considerar la justificación de la destrucción de la ciudad desde el “siempre ha sido así”, “la ciudad es un organismo vivo”, “lo nuevo siempre se hace derribando lo viejo”, etc. etc. sin considerar ritmos ni objetivos ni necesidad de esa destrucción ni el gran alcance -absoluto, universal- de la destrucción permanente que ahora padece la ciudad. También podemos encontrar la justificación desde la teoría de la evolución darwiniana, sumamente útil para ver que todo debe destruirse, o debe “evolucionar”, como los organismos animales.

Y todo ello nos lleva a la ineludible fe en el futuro, en el progreso y en la ciencia, a la inevitable necesidad, como algo natural, de mejora constante que tiene la humanidad “en su marcha triunfal hacia el futuro”, de nuevo en expresión feliz de Ferlosio. Pero este proceso también nos lleva a la programación del desamor hacia lo que nos rodea, al desamor y al desinterés por la ciudad que habitamos, que conocemos, que recordamos y cuya destrucción venimos contemplando. Un desamor, desinterés y descuido que se amplía a todas las cosas, artefactos, máquinas, muebles, objetos y utensilios que nos rodean, todos ellos programados para no durar nada, como nosotros mismos estamos programados para no querer que duren, y si duran, deshacernos inmediatamente de ellos. Y todo esto implica una desatención constante, una

falta total de cuidado, de preservación y de mantenimiento en la ciudad.

Sin embargo, nada de lo dicho explica lo que para mí sería la pregunta clave de la cuestión que examinamos: ¿Por qué se nos rompe el corazón, por qué nos duele en el alma esta destrucción permanente de la ciudad, por qué se nos rompe el corazón cuando vemos los efectos de la maquinaria de guerra o de la maquinaria de paz sobre monumentos, sobre casas, sobre calles, en plazas, en mercados, en jardines? En algún lugar dejé apuntado que la destrucción de las cosas inanimadas que hemos conocido y que nos han acompañado es la destrucción de nosotros mismos y a lo largo de los años he insistido en que, por tanto, es un sentimiento provocado por el amor que sentimos hacia esa ciudad, hacia esos sitios, hacia esas cosas que consideramos nuestros. También, en otro lugar, he sugerido que es una alarma provocada ante la insensata destrucción de algo que nos sigue pareciendo útil, de algo valioso que desaparece para siempre de forma irreversible. Y de algún libro he deducido también que quizá sea nos duele esa destrucción porque es una de las formas más evidentes y palpables que tienen de administrarnos muerte. A todos estos intentos de respuesta, añadiré ahora que quizá sea algo que nos surge porque necesitamos de esos hitos para ir viviendo, algo mucho más consubstancial al alma humana, más metido dentro de nuestra vida personal y comunitaria de lo que puede parecer; quizá sea porque, en términos de Agustín García Calvo, la característica esencial de la obra plástica es permanecer.

«[...] la característica esencial de la obra plástica es permanecer (ser incluso, si se tercia, monumento) justamente al contrario que la temporal. ¿Entonces? ¿Cómo será la actividad rítmica de estos elementos estáticos? Las obras permanentes, durante a lo largo de una vida de hombre, sirven justamente como golpes, hitos o

señales rítmicas en el fluir de la vida misma: son como los agarraderos a que en el torbellino desordenado que es la vida natural nos asimos para sentir la permanencia por bajo del cambio constante: pues es éste el fin del ritmo: hacernos sentir la paradoja esencial que el tiempo, que la existencia es: el combate de lo otro y de lo mismo. Crecen los niños y nacen y mueren, pero cada mañana al asomarnos al balcón, vemos aquel Cupido en mármol veteado y él nos sirve todos los días de hito para andar más firmes en el continuo flujo de la naturaleza. Y la arquitectura tiene por fin la mansión, la señal de retorno a lo mismo en la marcha cotidiana. Es entonces la repetición de la vista o apalpamiento de la obra plástica a través de los días y de los años lo que la trueca en obra rítmica y por lo tanto activa. De ahí que la necesidad de todo arte de estar metido en las aguas de la vida, sea aún más imperiosa para las artes plásticas. ¿Cómo conmoviera yo a mis amigos pintores y escultores a que se dedicaran con toda su fuerza artística al artesanado, a la producción de cacharros, de frescos, de llamadores de puertas, de toda clase de obras duras, que sólo el uso puede hacer realmente artísticas?» (“Acerca del Poder Moral del Arte”)

Y ya para acabar, surge la pregunta conclusiva, atrozante y sin respuesta en este tipo de charlas: “¿Qué hacer?” o “¿Qué no hacer?” Pero para huir de ese terreno poco fértil, siempre resbaladizo, fronterizo siempre con la necesidad, con la obvedad o con el programa electoral de partido político, leeré para acabar el fragmento final del ya citado *Comunicado Urgente Contra el Despilfarro*:

«Son allí las ninfas de los fresnos las que suelen salirles a los caminos a los jóvenes cuando vuelven por entre los matorrales de zarzamoras o los rodean cuando se sientan en los claros de los bosques alrededor de hogueras de tomillo seco; y allí les cantan ellas a los jóvenes sus

canciones de leyes sin sentido y sus consejos musicales, y les dicen:

“Vosotros, onagros blancos, oseznos en dos patas, crías de la noche, ¿adónde vais corriendo? ¿para qué dios quemáis los montes? Ah, no tiréis, juventud incauta, no tiréis a los barrancos los huesos de las liebres ni a los vientos las hojas lisas de los plátanos. ¿Creéis vosotros que, porque ya los habéis usado, para nada sirven? ¿Qué sabéis si serán broches de las melenas de labradores? ¿Qué sabéis si en ellas estarán escritos los versos de las profecías de la sibila? Guardad, oh, guardad los papeles amarillentos, atesorad las semillas negras de las amapolas. Porque poco sabéis o tal vez nada. Vosotros que buscáis los vados de los arroyos, vosotros que sacudís de cerro en cerro las antorchas de pino resinoso, ¿para qué les ponéis letreros a las caras de la gente? ¿a qué bueno encendéis amores que devoran las carnes como leña? Ah, no mudéis, aguilucho colorado, no mudéis tan rápido de brazos en el corro que rueda bajo la luna, ni tan barato vendáis los ojos de las amigas en las ferias. ¿Creéis que, porque sean muchos los albañiles de vuestra casa, van por eso a dejar de ser uno solo? ¿Qué sabéis vosotros de las arcas que hay en las bodegas de los corazones? ¿Que sabéis si medio cariño no será a lo mejor más grande que un amor entero? No riñáis, oh no, con los amigos viejos, no atiborréis las hojas de marfil de señas en las agendas. Porque poco sabéis, o quizá nada. Vosotros, frioleros de frío en el meollo de los huesos, vosotros, acongojados de la hora última del reloj de las estrellas, ¿qué prisa es ésa que os hiela? ¿a qué torcéis los labios para decir palabras como todo y nada? Ah, pródiga avaricia, no, no regaléis a los pordioseros vuestras camisas sudorosas ni a la tierra los rizos cenicientos de la barba de siete años. ¿Creéis por

ventura que un cuerpo de desengaño se cose a máquina o se suelda con sopletes? ¿Qué sabéis vosotros para qué sirven las herramientas del dios de las fraguas de bajo tierra? ¿Qué sabéis lo que se está haciendo ni dejándose de hacer con vosotros mismos? Trataos, oh, trataos sin saña y casi con dulzura, como a las novias tontas que bien se quieren; durad, oh, durad, para lo que sea, sobre los tiempos, testarudamente como el asno que no hay modo de sacar de los sembrados. Porque poco y mal sabéis de lo que ha pasado, y de lo que podrá pasar, seguramente nada.”

Así es como les cantan, o más o menos, las hijas de los fresnos a los nietos de las encinas de la Arcadia. Pero aquí nosotros, entre los más o menos miembros de la comuna antinacionalista zamorana, no podremos decirnos nunca cosas por el estilo. Porque imaginaos nada más que nos dijéramos “Ahorrad el odio, atesorad la desesperación” y que nos preguntáramos “¿para qué?”, y que nos respondiéramos “no se sabe”, y que nos replicáramos “¿pues entonces?”, y que nos contestáramos “pues por eso”: ¿qué creéis entonces que pasaría? Pues ya veis: que con esa sola regla de conducta ya quedaría de algún modo definida la comuna zamorana, cuya vida estaba sólo en su indefinición, cuya sola ley era el olvido de las leyes, cuya sola táctica y estructura eran las tácticas y la estructura del Orden enemigo. Así que no podemos decirnos que hagáis nada, ni siquiera, por cierto, pensando lo que pensamos de la voluntad, decirnos que hagáis lo que os dé la gana, eso tampoco.

Conque, quedando de este modo prohibidas del presente comunicado las frases en modo imperativo, no nos quedan más que, a lo sumo, las del optativo, y así con ellas deseamos que se os llene la casa de riqueza, que no

paguéis ni tiempo ni trabajo por los amores y placeres, y que sigáis tan sanos y tan buenos como para nosotros mismos lo deseamos.»

Muchas gracias por la atención.

Gaspar Jaén i Urban
arquitecto

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

Comuna Antinacionalista Zamorana, *Comunicado urgente contra el despilfarro*, La banda de Moebius, Madrid, 1977, 64 p.

García Calvo, Agustín, *Acerca del poder moral del arte*, Instituto de enseñanza media de Zamora, Zamora, 1956, 12 p.

García Calvo, Agustín, *Que no que no*, Lucina, Zamora, 1998, 368 p.

Sánchez Ferlosio, Rafael, *La hija de la guerra y la madre de la patria*, Destino, Barcelona, 2002, 224 p.